

En la madrugada del desastre (fragmento)

Lectura performática para el *Club de lo Efímero. Encuentros de artes del tiempo. #13*
Laboratorio del Eco. Valparaíso, Chile.

15 de julio del 2026.

Una imagen en la madrugada del desastre:

Una comunión de bocas vacías, abiertas.
No solo hambrientas, sino perplejas.

Una comunión de cuerpos boquiabiertos comparten un silencio feroz. Un silencio más afilado que cualquiera de sus dientes, más denso que la materia carnosa de sus lenguas expuestas; un silencio tenso, tirante, mantiene a los cuerpos estáticos. No es necesario amordazarlos, el silencio les roba el aire, las bocas abiertas no pueden respirar.

Esa es la imagen:

Una comunión de bocas vacías, abiertas.
No solo hambrientas, sino perplejas.

A través del ahogo, los ojos de esos rostros paralizados miran, aún se atreven a mirar. Las miradas, casi sorprendidas de su propia valentía, se encuentran entre sí, y se reconocen. Se sostienen, extrañamente sin dificultad, en un contacto dirigido y prolongado, unos con otros.

Como si la asfixia favoreciera la proximidad entre los cuerpos y ese gesto dislocado le diera a la cara su rasgo más familiar, los cuerpos boquiabiertos se reconocen entre sí. No saben sus nombres, no se habían visto nunca, pero lo que hay en el vacío de esa boca ajena, es también lo que hay en la mía. Y es suficiente.

Las cuevas orales, fortalecidas por el reconocimiento de sus pares, se mantienen amplias. Heridas secas a falta de saliva, tajos a cielo abierto. Bocas y ojos ansían, inmóviles, a entender qué es lo que pasa,

Este ahogo mezclado con el peor de los asombros: ¿qué lo que es?

Esta línea intenta trazar una imagen y traerla al frente para pensar en voz alta, lo que este vasto desconcierto es.

Un posible nombre lo encuentro en un libro: *“un sentido compartido del daño”*.

Una comunión de bocas vacías, abiertas. No solo hambrientas, sino perplejas. Este ahogo mezclado con el peor de los asombros: “un sentido compartido del daño”.

Creo que *el sentido compartido del daño* no se inaugura con el dolor.

Comienza, primero, con la extrañeza: *¿qué?*

Luego, la perplejidad iracunda: pero, *¿cómo?*

Finalmente, el daño llega al mismo tiempo que se descubre su dimensión colectiva, al comprobar que sí, que esta asfixia se dirigía a nosotros: pero, *¿cómo se atreven?*

Ante la crueldad que se materializa frente a nuestras boquiabiertas corporalidades, con una tranquilidad parsimoniosa, con el cinismo de la arrogancia heredada, preguntamos: *¿cómo se atreven?* Ante la crueldad naturalizada, nuestras bocas abiertas - vacías de dudas y, a la vez, de explicaciones - hambrientas de todo, se petrifican mientras nuestros ojos buscan respuestas entre la marabunta del “nosotros”:

¿cómo se atreven a dirigirse así a nosotros?

(...)